VN
2.803. 2-8 de junio de 2012

UNA SANTA PARA NUESTRO TIEMPO

Bonifacia Rodríguez de Castro (1837-1905)

ADELA DE CÁCERES SEVILLA, S.S.J.

La sencilla trabajadora del taller

Benedicto XVI, el día 23 de octubre de 2011, canonizó en Roma a **Bonifacia Rodríguez de Castro**. Una mujer humilde, trabajadora, sencilla y controvertida. Aparentemente fracasada. Seguidora de **Jesús** trabajador en Nazaret. Hubo de morir para que el aprecio y la admiración se fueran abriendo paso lentamente en la historia del siglo XX y se fuera perfilando toda la fuerza evangélica de su proyecto apostólico.

Hoy es una santa que inició en la Iglesia un camino de servicio y solidaridad con las trabajadoras marginadas de su tiempo, desde la perspectiva de Jesús trabajador en el taller de Nazaret. Su misión fue "reproducir" en la Iglesia el taller de Nazaret.

La fidelidad a esta misión y su determinación de hacerla operativa fue considerada como inviable y utópica, por lo que fue continuamente rechazada por la incomprensión, y el tradicionalismo de los hombres de Iglesia que la rodearon y por una sociedad tradicional.

Bonifacia, a pesar de esto, continuó su camino venciendo obstáculos con firmeza y valentía, confiada plenamente en Dios y en su llamada al seguimiento de Jesús Siervo y Señor. Trabajador en Nazaret, "uno de tantos". La incomprensión y el olvido fueron sus compañeros de viaje. Aparentemente, había fracasado.

Bonifacia, fiada de Dios, testificó la importancia de lo irrelevante, de lo sencillo y de lo pequeño, siendo un eco de la actitud de Jesús, "oculto en la casa de Nazaret y ocupado en el oficio de carpintero".

I. LLAMADA POR DIOS DESDE EL TRABAJO

Su tiempo

Nos situamos en el siglo XIX, en España. En un escenario complejo y agitado política y socialmente donde se desarrolló de la vida de Bonifacia.

Taller en casa de santa Teresa (1882)

El próximo 6 de junio la Iglesia celebra la festividad de santa Bonifacia Rodríguez de Castro, una mujer que con su trabajo humilde en aquellos talleres de la Castilla del siglo XIX brindó un hogar y un empleo a tantas jóvenes expuestas a la precariedad laboral y a la marginación social. Hoy, las Siervas de San José mantienen vivo aquel testimonio de fiel seguimiento del Jesús obrero y reivindican la memoria de su figura, víctima de incomprensiones y condenada durante años al silencio y el ostracismo. De todo ello, fundamentalmente de ese ejemplar hermanamiento suyo entre oración y trabajo, dan cuenta estas páginas.

Vivió el tiempo de las revoluciones, las luchas ideológicas, la industrialización, el triunfo del liberalismo y el progreso social y cultural. Es testigo también de las guerras carlistas como fuerza antidinástica conservadora, las diferentes Constituciones y los pronunciamientos militares.

Otros fenómenos sociopolíticos y económicos tienen también importancia: la Revolución Industrial y el socialismo utópico. Ambos factores tienen incidencia en la mujer del siglo XIX.

Los pensadores del socialismo utópico incluyen a las mujeres en sus teorías: para **Saint-Simon**, **Owen** y **Fourier** los hombres y mujeres vivirían libres e iguales. Esto tendría incidencia en la obra de promoción femenina de Bonifacia.

Algunas minorías de la Iglesia española percibieron la nueva situación social, la importancia del proletariado y su incidencia en la mujer trabajadora, e intentaban dar respuesta.

En Salamanca, no quedaban vestigios de su glorioso pasado universitario. La problemática política vivida a nivel nacional apenas tuvo resonancia en la ciudad. Las tropas napoleónicas a su paso hacia Portugal habían deshecho gran parte de sus magníficos monumentos. La pobreza y el subdesarrollo envolvían la ciudad, frente a un mundo que se modernizaba y que recibía el impacto de la Revolución Industrial.

El taller familiar como cimiento

En este ambiente nació Bonifacia Rodríguez de Castro, el 6 de junio de 1837 en Salamanca, en una familia de artesanos formada por **Juan Rodríguez** y **María de Castro**, creyente y trabajadores.

Bonifacia recibió una buena educación para su tiempo y su clase social: fue a la escuela, "sabía leer y escribir" y tenía un oficio, "cordonera". En su familia había aprendido

laboriosidad, piedad y solidaridad con los necesitados, ejes que marcaran su vida de adulta.

Su centro de formación espiritual fue la iglesia de la Clerecía, regida por los jesuitas, donde participó del asociacionismo religioso y donde "tuvo siempre como director espiritual un padre de la Compañía".

El taller de Bonifacia y la Asociación Josefina

En su juventud, Bonifacia montó su propio taller de cordonería y pasamanería. Su taller fue un lugar de trabajo, de oración y de amistad. No pretendió grandes ganancias, "solo lo que le era posible aceptar para ganar el sustento y atender a las necesidades de la vida".

El taller de Bonifacia tomó protagonismo no solo como lugar de trabajo artesanal, sino también como lugar de encuentro de trabajadoras unidas por ideales comunes, amigas de Bonifacia y dirigidas espiritualmente por los jesuitas. "Inspiradas por los buenos ejemplos de Bonifacia, decidieron unirse en una asociación", lo consultaron con su director, el P. **Butiñá**, SJ, y aprobó el proyecto. Así nació la Asociación de la Inmaculada y San José. Como otras asociaciones, fue una pequeña manifestación de religiosidad popular. Tenía, además, un carácter lúdico y social muy importante, provocado por la falta de cualificación laboral de las jóvenes pobres. Se inicia una experiencia singular de promoción: "Unas se hacían maestras y otras aprendían un oficio". Francisco Butiñá, SJ, animó esta asociación y, como director, la organizó y le dio forma.

Bonifacia fue el alma de la asociación por su prestigio personal y bondad. Para ella, fue el momento de su vida de mayor valoración personal, la época de hacer el apostolado de la escucha y de discernir lo que Dios iba pidiendo a sus compañeras y amigas. En el campo social, inició la promoción de las pobres sin trabajo.

Nuevos horizontes apostólicos

Al margen de la vida laboriosa y sencilla de Bonifacia, sucedían acontecimientos sociales y políticos importantes en España y que se hacían notar, aunque levemente, también en Salamanca.

Por entonces, llegan a Salamanca dos catalanes: el obispo fray **Joaquín Lluch i Garriga**, en 1868, y el jesuita Francisco Butiñá i Hospital, en 1870. Ellos influyeron notablemente en el cambio de vida de Bonifacia, haciéndola entrar en una dinámica social y eclesial desconocida para ella. Ambos conocían la realidad de su tiempo. La imagen de Cataluña en plena Revolución Industrial y su preocupación por la suerte que corrían los trabajadores les era común. Tenían conciencia del protagonismo que la clase social nacida del fenómeno de la industrialización tendría en el futuro. Estos dos catalanes en Salamanca no encontraron fábricas, ni mujeres explotadas en ellas, pero sí desempleo femenino, falta de cualificación laboral, jóvenes sin futuro que no tenían "nada que hacer y se perdían", que había que evangelizar, promocionar y abrirles perspectivas de futuro.

La línea pastoral del obispo tenía dos objetivos: la formación del clero, encomendada a los jesuitas, y la creación de centros de formación y evangelización para jóvenes trabajadoras, pues "en Salamanca no había instituciones que cuidaran de las jóvenes de condición modesta que las apartara de la corrupción, les enseñaran el catecismo y las habilitaran para ganarse el sustento por sí mismas".

Las inquietudes del jesuita Francisco Butiñá (Bañolas, 1834-Tarragona, 1899) coincidían con las del obispo. Llegó a Salamanca por segunda vez como profesor del Seminario Mayor de la diócesis encomendado a los jesuitas. Con la docencia alternó la dirección espiritual, la predicación. A esto que hay que añadir una gran labor como escritor. En su corazón, un deseo: "Dar una respuesta a la marginación y precariedad del empleo femenino".

Fundación de las Siervas de San José (1874)

Bonifacia Rodríguez se acercó un día al confesionario de Francisco Butiñá, SJ, en la iglesia de la Clerecía de Salamanca, y le manifestó su deseo de entrar dominica en el Convento de las Dueñas de la ciudad. Pero él le propone algo distinto: "Creo que darás más gloria a Dios en otra parte". "Vamos a fundar una congregación con el nombre de Siervas de San José", como respuesta al detonante social de la precariedad de la mujer trabajadora. "Y como ella no se buscaba a sí misma, ni solo su bienestar, fácilmente consintió en lo propuesto por su director" y, generosamente, fue "'la piedra de sencillez y humildad' donde se apoyó la fundación".

Bonifacia aportó a la fundación de la Congregación de las Siervas de San José su trayectoria laboral y apostólica, su taller, sus máquinas y su casa. En su taller se iniciará una apuesta contra el desempleo femenino: la puesta en marcha de los Talleres de Nazaret, hogar y taller, centro de trabajo, de acogida y de promoción para las mujeres pobres sin trabajo.

El 7 de enero de 1874 el obispo Lluch aprobó la Congregación de las Siervas de San José en un contexto histórico convulso: la caída de la Primera República, con la entrada del general **Pavía** en el Parlamento, disolviendo las Cortes Constituyentes, y el Gobierno provisional del general **Serrano**, que

Vista general de Salamanca

provocó el ya crónico anticlericalismo, que afectaría de forma muy seria a la recién fundada Congregación de las Siervas de San José, con la expulsión de los jesuitas de Salamanca.

El decreto fundacional perfila el ser y el servicio a la Iglesia en la Congregación de las Siervas de San José: "La santificación por medio de 'la oración y el trabajo hermanados', la acogida en el taller de las pobres que no tienen trabajo y que están en peligro de perderse" y "el fomento de la industria cristiana", una industria lejos de toda explotación y marginación. El fomento de la industria suponía un factor novedoso y fundamental en la vida de la congregación.

El obispo Lluch definió a la congregación como "una especie de sociedad cooperativa, que la religión católica puede solamente realizar, porque ofrece la base verdadera del capital y del trabajo común fomentado con el espíritu de piedad, de abnegación y de pobreza voluntaria". Indiscutiblemente, en el horizonte religioso y laboral de Salamanca, suponía una gran novedad.

Los miembros de la congregación también suponían una novedad. Todas eran trabajadoras, que, en su debilidad, protagonizaban una nueva forma de vida religiosa: "Las que dieron origen a la congregación eran pobres artesanas que trabajaban en el oficio e industria que habían aprendido y no aportaban más dote que su decidida voluntad de trabajar viviendo al abrigo de la Divina Providencia".

Bonifacia, una mujer realista y comprometida, asume el proyecto novedoso de los Talleres de Nazaret, que la desestabiliza y desborda, tanto por su amplitud como por sus dificultades. Ella y sus primeras compañeras constituyen un signo profético de una misión que competía a toda la Iglesia, pero, "fiada de Dios, que se vale de instrumentos débiles para hacer sus obras", se pone en marcha hacia lo desconocido e inseguro, e inicia con sus compañeras la experiencia de "Jesús trabajador, que se despojó de su rango de Dios y vino a servir, y no a ser servido".

Los Talleres de Nazaret: utopía social

"Las casas de la nueva congregación se denominarán Talleres de Nazaret, siendo su modelo y ejemplar aquella pobre morada en donde Jesús, **María** y **José** ganaban el propio sustento con su trabajo y el sudor de su rostro".

El día 10 de enero de 1874 se inició la vida en comunidad del primer Taller de Nazaret. Se presenta como un proyecto cercano al socialismo utópico. En él estaba señalado el principio de igualdad, no había lugar a la explotación ni a la marginación. Suponía una pequeña contestación a la lucha de clases y explicitación de lo que se entendía por fraternidad y solidaridad desde el Evangelio.

Las Constituciones de 1874 manifiestan el pluralismo de las trabajadoras del Taller de Nazaret, religiosas y seglares. Todas llamadas a santificarse por medio de la piedad y el trabajo hermanados.

Las religiosas se clasifican en: *maestras industriales*, que saben un oficio o tienen una profesión; y *ayudantes de maestras*, notablemente aptas para el trabajo.

Las seglares se dividen en: mujeres mayores, con insuficientes recursos para vivir dignamente, que cooperan con su trabajo al sostenimiento del taller; y mujeres cuyo peligro se desee precaver, que, a su vez, se clasifican en: *aprendices*, que se ejercitan en el oficio que se les mande; y *acogidas*, mujeres sin colocación o sin trabajo que quieran afiliarse al taller cooperando al sostenimiento del mismo.

El producto del trabajo del taller queda en beneficio del mismo. No hay más que un fondo común con el que se proveerá las necesidades del taller y de sus moradoras. "Se trabajará según las fuerzas de cada una".

Comenzaba en Salamanca el proyecto de los Talleres de Nazaret: promocionar y evangelizar a la mujer pobre, "pues como en estos países, Castilla, hay muy poca industria, las chicas no saben qué hacer y se pierden. Para prevenir tan gran mal, se ha establecido esta congregación... Darán trabajo a las que lo deseen, albergue a sirvientas desacomodadas y refugio a las mujeres de mayor edad que, no siendo pobres, tampoco tienen lo necesario para vivir convenientemente".

Bonifacia fue el centro del grupo de las primeras hermanas y demás trabajadoras del taller, la que cohesionó a un grupo heterogéneo en torno a su persona, la que dio estabilidad y seguridad," piedra de humildad y cimiento de la congregación".

Nombrada superiora de la comunidad por unanimidad y con cierta resistencia por su parte, "tuvo que conformarse con lo que Dios disponía y aceptar".

Como maestra de taller, responsable de su funcionamiento, Bonifacia "tenía grabado en su corazón que del fiel desempeño de su cargo dependía uno de los principales fines de la congregación: "el fomento de la industria". Al mismo tiempo, marcó el modo de trabajar: sin prisas afanosas, sin sofocar el espíritu, según las fuerzas, con perfección, en silencio, hermanando oración y trabajo, mirando al Taller de San José.

"El Señor se complacía en la humildad y demás virtudes que ejercitaban sus Siervas, las protegía e iba aumentando su pequeña grey". La pobreza, la alegría y el trabajo iban configurando el pequeño grupo primitivo.

Cristo de Bonifacia en Zamora y vista de la ciudad

Las Siervas de San José nacieron en la Clerecía salmantina

Un futuro incierto para los Talleres de Nazaret

En abril de 1874, los jesuitas de Salamanca fueron expulsados. Entre ellos estaba el fundador P. Francisco Butiñá, que marcha al destierro con gran pesar por dejar la fundación de las Siervas en los comienzos. Un año después, el obispo Lluch, que había aprobado la congregación, fue nombrado obispo de Barcelona y deja Salamanca.

Las Siervas de San José se quedaron sin apoyos humanos. Bonifacia quedó sola para realizar un proyecto congregacional arriesgado y novedoso. Solo confía en Dios. Entonces, comienza el rechazo a los Talleres de Nazaret recién estrenados. La oposición más significativa fue la de los clérigos más importantes de la diócesis de mentalidad tradicional. No habían entendido el nuevo proyecto de vida religiosa con matices de utopía social. Para ellos, no tenía viabilidad un proyecto novedoso realizado solo por mujeres pobres.

La misma sociedad salmantina, tradicional e inmovilista, se sorprendió del tipo de vida religiosa de las Siervas de San José, considerándolo "cosa de locos". Aparecía un cierto desprecio social, se minusvaloraba y se consideraba inviable y absurda una congregación de pobres trabajadoras.

La mentalidad tradicional de los confesores de la comunidad y su rechazo a la obra de los jesuitas repercutió en una comunidad muy vulnerable, donde faltaban hermanas que hubieran recibido de primera mano el carisma fundacional y también por haber incluido a hermanas venidas del campo, sin una experiencia de trabajo artesanal. Fue fácil mentalizarlas en otra dirección, hacia un proyecto tradicional de vida religiosa.

Aparece cierto rechazo a Bonifacia por su fidelidad al proyecto fundacional de los Talleres de Nazaret. Se comienza una campaña de desprestigio contra la persona de la fundadora, minusvalorada en todo, en su capacidad de trabajo, preparación y falta de cuidado a las hermanas. Es rechazada, humillada y calumniada, se le hace la vida imposible "para que se fuera".

La personalidad de Bonifacia, recia y fuerte, soporta todo tipo de injurias y calumnias, siempre apoyada en la fidelidad a Dios, en una confianza ilimitada en Él, "el Señor que nunca la abandonaría".

Bonifacia, excluida

Empiezan para Bonifacia muchas dificultades y un duro itinerario de exclusiones. Su figura molesta por su integridad y fidelidad al proyecto congregacional primigenio: "Recrear en la Iglesia el Taller de Nazaret".

▪ Destituida de superiora

La primera exclusión llegó de su comunidad. Es destituida como superiora de la misma, después de un largo proceso de descrédito y calumnias. En su ausencia por un viaje de comunión (para unir los Talleres de Nazaret, que Francisco Butiñá, SJ, había fundado en Cataluña), la comunidad de Salamanca, inducida por el director, elige otra superiora en un tiempo récord y sin ninguna causa aparente. A la vuelta de su viaje, despojada de toda autoridad, siguió para Bonifacia un período de rechazo permanente, en el que, a veces, se llegó a la crueldad. Todo "para que se fuera".

▪ El taller de Zamora

Piensa en otra fundación, dejando atrás su ciudad natal. Funda un segundo Taller de Nazaret en Zamora, en 1883, con la bendición y permiso de los obispos de Salamanca y Zamora.

Va en suma pobreza y desamparo. En Zamora encontró un marco de aceptación y respeto que le permitió explicitar su magisterio espiritual y mantener hasta su muerte el carisma congregacional.

"En la ciudad de Zamora su bondad era notoria". Su servicio a los pobres, a las chicas acogidas en el taller y a la sirvientas en desempleo hasta que encontraran trabajo fue una tarea constante y, así, "poderlas librar del peligro de perderse". Por esto Bonifacia sentía gran consuelo, "porque podía hacer el bien por el que se había fundado el instituto", y, así, "seguía sirviendo a Dios con mucho agradecimiento por los beneficios que cada día le daba".

Sobre el horizonte del taller zamorano se cernía el desprecio y la ruptura del primitivo taller de Salamanca. La ausencia de Bonifacia fue aprovechada para rectificar las Constituciones, "la comunidad no acepta este objetivo", es decir, la acogida de las mujeres en el taller. El hueco dejado por esta ausencia se cubrió con una incipiente dedicación a la enseñanza.

El taller de Salamanca se desprendió jurídicamente del primitivo proyecto congregacional por el Auto de 1884, concretado luego en las Constituciones de 1887 y 1898, que omiten la dedicación a la promoción femenina en el taller. El primitivo proyecto de taller sufrió graves modificaciones. Al mismo tiempo que cesa todo tipo de relación con Bonifacia y su comunidad zamorana.

▪ Excluida de la congregación

La exclusión más dolorosa para Bonifacia tuvo lugar en 1901, cuando la Congregación de las Siervas de San José obtiene la aprobación pontificia. La comunidad de Zamora es excluida en el decreto de aprobación, precisamente donde estaba la fundadora, que se enteró de la noticia "por la calle". Su dolor fue inmenso.

Sin embargo, Bonifacia, llena de fe en Dios y esperanza, con gran valor y fuerza, sigue intentado la comunión

con el taller de Salamanca, por cartas a los obispos y a la superiora general y viajando a Salamanca para pedir la unión. No fue recibida.

En la canonización de Bonifacia, Benedicto XVI subrayó esta situación, cuando dijo: "Vive la experiencia de abandono, de rechazo, precisamente de sus compañeras, y en ello aprende una nueva dimensión del seguimiento de Cristo: la Cruz. Ella la asume con el aguante que da la esperanza, ofreciendo su vida por la unidad de la obra nacida de sus manos".

Ante esta realidad, la actitud que tomó Bonifacia fue la del perdón y la de la búsqueda de la comunión de todas las formas posibles, El silencio y el rechazo fueron las respuestas. Bonifacia sufría en silencio y soledad. El Cristo románico de su capilla de Zamora fue su confidente. En su corazón "se sentía dichosa de poder imitar el silencio de Jesús en la Pasión y su caridad en perdonar a los que lo crucificaban".

II. SU APORTACIÓN A LA IGLESIA Y AL MUNDO

En una época de relativismo y de escasas certezas, Bonifacia se presenta como una mujer de fe y de una resistencia increíble, de grandes convicciones, "capaz de resistir todo viento y tempestad". La mejor aportación de Bonifacia hoy es su fidelidad al Evangelio de Jesús, a la página de Nazaret. Con la misma fuerza muestra con su vida, que Dios es amor y que el prójimo es hermano, mirados con los ojos de Dios llenos de compasión y de ternura.

El Señor la había llamado para testificar el valor santificador del trabajo, la liberación de la mujer trabajadora, hoy de total actualidad.

La oración y el trabajo, hermanados

Bonifacia testificó con su vida la posibilidad de vivir el Evangelio, desde la dimensión más común a todo hombre, el trabajo, en especial de los trabajos pequeños y sencillos, los que realizó Jesús en Nazaret. Su meta fue identificarse con Jesús artesano, asumiendo la realidad del trabajo como factor de santificación.

Bonifacia sigue a Jesús como trabajador, como obrero, como un hombre cualquiera. "Que bajó del cielo para vivir pobre y desconocido en la casa de Nazaret sujeto a dos pobres artesanos" y "olvidó su condición y su rango de Dios y se hizo pequeño como los hombres porque vino a servirlos, y no a ser servido por ellos".

Contemplando a Jesús desde esta dimensión, surge en Bonifacia el asombro, la adoración, la plegaria, la acción de gracias y la imitación, "ejemplar y modelo para las Siervas de San José".

Fija su mirada en la Sagrada Familia, en una familia de artesanos, "en aquella pobre morada donde Jesús, María y José ganaban el pan con el sudor de su rostro", ejemplo para los Talleres de Nazaret.

No tenía mucho tiempo para la oración, había que hermanarla con el duro trabajo en el taller. Recordar a Jesús, a María y a José durante el trabajo era una constate diaria por medio de breves oraciones jaculatorias que recordaban la infancia de Jesús, desde la Encarnación hasta la vuelta de Egipto. Bonifacia y las Siervas de San José, como María, debían guardar estas cosas meditándolas en su corazón.

"Bonifacia, como maestra de taller, durante el trabajo rezaba en voz alta las jaculatorias con un fervor extraordinario". Las oraciones jaculatorias mostraban la humildad, pobreza, laboriosidad, silencio, servicio y obediencia de Jesús, María y José a los que debían imitar las Siervas de San José y, así, hacer memoria en la Iglesia de los treinta años de Jesús trabajador en Nazaret.

Bonifacia es una contemplativa en la acción; "hermanando oración y trabajo", invierte el concepto tradicional de contemplación. Su inmersión en una estructura laboral quedaba trasmutada por un proceso dinámico de encuentro con Dios, hecho cercano en Jesús trabajador.

El trabajo fue para Bonifacia algo medular, medio de santificación, y la única forma de sostenimiento de una congregación de trabajadoras pobres y sin dote, "sin más rentas que el trabajo". "Jesús oculto en la casa de Nazaret y ocupado bajo la dirección de San José en el oficio de carpintero la enseñó a santificarse en las más humildes ocupaciones". Bonifacia valoró los trabajos sencillos, porque "en los oficios más humildes se puede imitar mejor a Jesús, que siendo el Rey de la Gloria se hizo siervo por nuestro amor".

El Señor, "que se vale de instrumentos débiles para sus más grandes obras, a fin de que resplandezca más su poder y su gloria". Para realizar una parábola de humildad en un siglo XIX necesitado de solidaridad, Jesús había elegido a Bonifacia, una artesana innominada y sencilla de Salamanca.

La promoción femenina

Bonifacia sabía cuál había sido el detonante social que dio origen a la congregación: "La precariedad de la mujer pobre trabajadora sin empleo y en peligro de perderse".

Ella no tenía noticia de las sufragistas y feministas de su tiempo que reclamaban sus derechos, ni encabezó ningún movimiento de esta índole. Solamente miraba con compasión la realidad que vivía la mujer de su entorno: "No tenían qué hacer y estaban en peligro de perderse".

Antes de que se generalizara el tema de la mujer trabajadora, Bonifacia emprendió el camino de su liberación, para que viviera en el mundo laboral con dignidad e independencia, dándoles una cualificación laboral, enseñándoles "un oficio con el que pudieran ganarse el pan". Además, en el taller se les "enseñaba a leer, a escribir y el catecismo".

Para Bonifacia, el poder adquirir una capacitación laboral era el factor más importante de liberación: las mujeres trabajadoras ganarían el pan

con el sudor de su rostro, tendrían independencia económica.

Bonifacia, según los que la conocieron, "en lo que más se distinguió fue en la buena educación de las jóvenes, que, sirviendo o en el taller, tenían que ganarse el pan con el sudor de su frente". Aprendían a trabajar con perfección, sin agobios, imitando a Jesús trabajador en Nazaret, en un clima fraterno y solidario. "Quería a las chicas como a la niña de sus ojos". Les enseñaba un oficio y las acompañaba cuando dejaban el taller.

Bonifacia educó a las chicas en la "piedad sólida y en el amor al trabajo". Para que "fueran menestralas santas". La educación en la fe en el Dios Providente tenía prioridad ante la indefensión y pobreza de las chicas. Les decía "que tuvieran mucha confianza en Dios, que ella había tenido muchas dificultades y que Dios nunca le había fallado". Y añadía: "Os vendrán muchas tribulaciones, pero no temáis, sabréis vencer con fe, esperanza y caridad".

Bonifacia comprendió que la educación y la cualificación laboral era la mejor manera de librarlas del peligro de perderse a las jóvenes.

La financiación de la promoción tenía su fuente en el trabajo del taller. La "obra apostólica de Bonifacia estuvo sostenida con el producto de su trabajo y con limosnas". "Nos daban todo: vestido, calzado y comida, y todo era gratuito".

La industria

Uno de los ejes de los Talleres de Nazaret consistía en el "fomento de la industria cristiana". La maestra de taller, Bonifacia, debía grabar en su corazón que uno de los principales fines de la congregación era fomentar religiosamente la industria.

Bonifacia tenía mucho interés en esta dimensión carismática, convencida de que era la plataforma idónea para la experiencia religiosa del trabajo y la oración hermanados y de la acogida fraterna de las mujeres sin trabajo.

Para este tipo de industria en los Talleres de Nazaret, se necesitaban máquinas modernas de distintas clases: de hacer medias, de tejer, de hacer cordones, de devanar... En el taller de Salamanca, las máquinas que tenían eran importadas de Inglaterra. A la dificultad del manejo había que añadir que las instrucciones estaban en inglés, que generosamente le traducían. El interés por mantener esta dimensión carismática hizo que se esforzasen en aprender el manejo complicado de las máquinas. Todo un reto.

No había en Salamanca "máquinas y artefactos que solo ellas [las Siervas de San José] tienen hoy en la ciudad, dados los adelantos de la industria. Viven del fruto de su trabajo y, aunque es incesante, al cabo, como toda labor de mujer, es poco retribuido". Este elogio del taller vino de uno de sus principales enemigos, que menospreciaba el trabajo manual y desestimaba el trabajo femenino.

Bonifacia no pretendía competir con la industria de las fábricas, sino que quería, desde un modesto taller, dar trabajo y una formación profesional que integrase en una sociedad industrializada a las acogidas del taller. Suponía una pequeña contestación al mundo industrializado de injusticia e increencia, pues el taller de Bonifacia no era "para ganar dinero, sino para santificarse por medio de la oración y la caridad".

Las trabajadoras del taller, al mismo tiempo, eran dueñas de la producción, una peculiar forma de ser empresarias, propia de una congregación con base industrial. Se comparte el trabajo hecho según capacidad, lo mismo que el producto obtenido del mismo se repartía según las necesidades.

La industria facilitaba el aprendizaje y promoción de las acogidas, según "los adelantos de la época". Las jóvenes, con una buena preparación, podían optar por el trabajo fabril o montar su propio taller de forma autónoma e independiente. Y, así, en sus centros de trabajo, santificarse y ser agentes de evangelización.

Vulnerable y silenciosa como Jesús en la Pasión

Toda la vida de Bonifacia estuvo atravesada por el dolor. Se sintió agredida por los más próximos. Entonces, descubrió una dimensión nueva de su seguimiento a Jesús: la del Señor Crucificado y vulnerable.

Bonifacia fue una mujer fuerte y vulnerable a la vez. Había comprendido el gesto de Dios al hacerse hombre, "que no tuvo en cuenta su categoría de Dios y se hizo pequeño como los hombres". Esta experiencia profunda le hizo comprender el misterio del abajamiento del Señor.

Jesús muestra a Bonifacia el rostro de Dios vulnerable, perseguido desde su infancia, siervo que lavó los pies a sus discípulos, traicionado, capturado, humillado, juzgado injustamente, abofeteado, despreciado por todos y crucificado. Bonifacia se siente llamada a correr su misma suerte. Experimentaba su vulnerabilidad, en silencio, cuando la acusaban.

El origen de la vulnerabilidad de Bonifacia hay que buscarlo en su propia vocación de ser sierva con Jesús siervo, varón de dolores. Nos dice: "¡Cuánto tenemos que aprender de Jesús, sobre todo contemplándolo en la Pasión! ¡Qué ejemplo nos da!, viéndolo tan callado, sufriendo y padeciendo. Cuando el Evangelio refiere las calumnias de que le acusaban al Señor, dice que Jesús callaba". Piensa en la Pasión del Señor y se pregunta: "¿Qué mimos tuvo Jesús?, los desprecios. ¿Qué alabanzas?, los insultos". Ella no podía pretender otra cosa.

La mirada al Crucificado fue la fuente de su actitud de no violencia, de aceptación de su indefensión.

“Se consideraba dichosa de poder imitar el silencio de Jesús en la Pasión y su caridad en perdonar a los que lo crucificaron”.

La idea de la indefensión de Jesús había dejado huella en el corazón de Bonifacia. El silencio, el *autem tacebat*, formaba parte de su vida de consagrada. Permanecer en la no resistencia fue para ella una forma de vivir el Evangelio.

“Transcurrieron los años de Bonifacia con muchos trabajos y sufrimientos”. “El Señor, por otra parte, le daba grandes consuelos”.

Su vida transparente, su paciencia y su silencio fueron la respuesta al rechazo que sobre ella se cernía. Bonifacia había compartido su dolor con su Señor “que la había hecho participe de su Cruz”.

Vivir en humildad

La humildad en Bonifacia no fue algo coyuntural, sino un modo de ser que afectó a su relación con Dios y los demás. La humildad fue para ella un camino hacia la verdad y la paz, de amistad con Jesús manso y humilde de corazón, que siendo de condición divina se rebajó hasta compartir nuestra condición humana.

La contemplación de Jesús trabajador en Nazaret, un trabajador manual como ella, de una familia de artesanos y en un taller humilde semejante a lo que ella había vivido, la llenó de gozo y admiración. Por eso se sintió llamada a crecer hacia abajo, a ponerse en el último lugar, a servir como el Señor.

No entraba dentro de las aspiraciones de Bonifacia el ser más, el ser la primera, el liderar desde el poder o la fuerza. Hizo el camino hacia la humildad de mano de san José padre, protector y maestro de taller, que supo vivir en la humildad, ocupando el último lugar en su familia.

Quería mantenerse dentro de lo pequeño, de lo accesible a cualquier persona en la vida y en el trabajo. Su única aspiración era parecerse a Jesús, pobre, humilde y obediente, tantas veces recordado en el rezo de las oraciones jaculatorias del taller, y agradecer a Dios tener liberado el corazón por la humildad.

Sabía Bonifacia que su vida se realizaba no por la expansión de su obra, ni por la ascensión personal, sino por el camino humilde y escondido que conduce a Nazaret. Por eso su vida desconcertó a muchos y provocó la tentación de considerarla incompetente y anodina.

Bonifacia se afanaba en profundizar, en descender hasta el taller interior, donde el Espíritu le trazaba la trayectoria para vivir la experiencia de Jesús, que vivió la mayor parte de su vida oculto en Nazaret sin prisas, sin propaganda.

Dios, que se revela a los humildes, le hizo comprender lo que era y lo que tenía, desde el día en que “emprendió la vida humilde y oscura de la Sagrada Familia”. Vivió el tiempo de los pequeños sucesos, el drama de los desheredados, la indefensión de los pobres sin trabajo, el dolor del exilio y la inquietud apostólica con total adhesión al Señor.

El corazón humilde de Bonifacia estuvo preparado para la hospitalidad cordial y sincera, para acoger en el taller a las pobres trabajadoras necesitadas e ignorantes que llevaban el corazón herido por la vida.

La vida humilde y sencilla de Bonifacia es un referente contracultural para un mundo donde el tener, el ascender y el poder son prioritarios.

El silencio de Nazaret

La contemplación del silencio prolongado de Jesús, María y José en Nazaret fue eje transversal en la vida de Bonifacia. Silencio que remite al largo tiempo de Jesús en el taller de Nazaret, trabajando “como un hombre cualquiera”; al silencio de María, que guardaba en el corazón la Palabra; y al silencio de José, “el carpintero”.

El silencio de Bonifacia fue una actitud frente a la vida, como respuesta carismática a su particular seguimiento de Jesús en Nazaret: hacer memoria del tiempo prolongado de Jesús “oculto en la casa de Nazaret, ocupado bajo la dirección de san José en el oficio de carpintero”.

El silencio interior y exterior durante el trabajo permitió a Bonifacia la escucha del Espíritu, percibir lo que en las circunstancias le comunicaban, y mirar sobre todo a Jesús silencioso e innominado en Nazaret. El *autem*

tacebat del Señor estuvo siempre presente en su vida como referente y ejemplo a seguir y como enseñanza para las Siervas de San José: Jesús “calló para enseñarnos a todas a guardar silencio”.

En la vida cotidiana, el silencio tuvo en Bonifacia mucha importancia. Aseguraba que “el silencio es el cilicio del alma”. El autocontrol es necesario para no emitir juicios negativos, para no expresar una opinión desfavorable. Teme que la lengua calle y el corazón condene; por eso quiere un silencio sincero: “El silencio guarda el alma”. Bonifacia también teme que el ruido penetre en el interior, que oscurezca la percepción de las cosas y que pueda ocasionar “murmuraciones a escondidas”, que puedan llegar a “quemar la casa”, a la destrucción de la fraternidad, a perder la orientación hacia Dios, “a desagradarle”.

En medio de las muchas penalidades que sufrió, el silencio fue para Bonifacia un arma de perdón, caridad y compasión.

El silencio sobre Bonifacia alcanzó 30 años. No se hablaba de ella en la congregación, estaba prohibido. Se había olvidado su obra y su espiritualidad. De forma inesperada, se redescubrió su figura. Hoy, se ha convertido en la piedra angular.

Juan Pablo II la beatificó en el año 2003, afirmando “que en la vida sencilla y oculta de la Sagrada Familia encontró Bonifacia un modelo de espiritualidad del trabajo”.

Benedicto XVI la canonizó en el año 2011, encomendando a su intercesión a todos los trabajadores, sobre todo a los que desempeñan los oficios más modestos.